

CAPITULO VI

Fridolín vale por un regimiento.

CON el desayuno del profesor, Calabacita trajo dos cartas y un telegrama. Baltasar ofreció café a la señorita Ernestina; presentó a la dactilógrafa y, llevando a Calabacita hasta el corralillo, comenzó sus abluciones.

—Lee—la dijo.

En la primera carta, el notario señor La Bordette convocaba a su cliente y solicitaba algunas firmas, pues el asunto Coucy-Vendôme estaba terminado.

—Continúa.

Calabacita rompió el sobre de la segunda carta y empalideció.

—Es de la señorita Violante.

—Escucho—respondió Baltasar.

Ella leyó:

"Mi Baltasar:

"Sigo atentamente en los diarios la crónica de crímenes, robos, estafas y detenciones. En nada hasta ahora estás complicado, y por lo tanto nada te impide proseguir la conquista de un nombre, de una fortuna y de tu

"Orgullosa prometida."

Calabacita esperó el efecto de esta carta de amor. Baltasar, que en aquel momento se lavaba la cabeza, ordenó:

—Friccióname fuerte.

Ella le friccionó vigorosamente y luego leyó el telegrama.

Venía de Noruega y decía:

"Le ruego me reciba en su casa el domingo 25 del corriente. Tengo que hacerle revelaciones de una importancia capital.

Firmado: BEAUMESNIL, poeta."

La voz de Calabacita se había ensombrecido. ¡Más disgustos y complicaciones para su amo! ¿Qué es lo que querían todas aquellas gentes, esta orgullosa prometida, este poeta desconocido?

—Dame los firantes—volvió a ordenar Bal-

tasar, con la misma indiferencia que si se tratara de asuntos que nada le importasen.

En el mismo momento la señorita Ernestina salió de "Las Danaides". El la cogió del brazo y se la llevó, diciendo a Calabacita:

—Ven a buscarnos a "Los Leones del Atlas".

Baltasar era un muchacho leal, que no quería captar el afecto de la señorita Ernestina o de la domadora Angélica sin haberles dado más explicaciones. Por su parte, no vaciló un momento en adorar a las dos tan profundamente como si cada una de ellas fuera su madre; pero debían saber la una y la otra que existían por el momento ciertas dudas sobre la maternidad de una de ellas. Por esto deseaba una entrevista inmediata.

Esta no pudo ser más cordial. Las naturalezas que ciertas afinidades secretas predisponen a la simpatía, se entienden desde el primer momento. Mientras que los leones del Atlas rugían furiosos, Baltasar voceó su historia, y luego que ellas la hubieron escuchado, las dos mujeres confesaron a voz en grito que ninguna prueba favorecía más a una que a otra, pero que esto no era motivo para que sintieran menos afecto hacia él.

—Ten la seguridad le dijo Angélica—que

yo te quiero como a un hijo; pase lo que pase, no he de cambiar.

La señorita Ernestina, que no le tuteaba, no fué menos categórica:

—Nada modificará mis sentimientos de madre.

Baltasar reunió sus manos entre las suyas mientras Fridolin lloraba.

Durante quince días disfrutaron de una felicidad completa. Las gentes sencillas no ven lo que puede existir de anormal o complicado en una situación a la cual su natural idea de la felicidad les ha adaptado desde el primer momento. En "Los Leones del Atlas" se hablaba de todo esto, sin molestia, sin asombro y sin experimentar el áspero deseo de conocer la verdad.

La señorita Ernestina, que había perdido su aspecto hurraño, se interesaba por los trabajos del circo, cuidaba e instruía a los nueve hijos de Angélica y no parecía tener prisa por volver a su pequeño almacén de Gournay.

De Gourneuve jamás se hablaba... Gourneuve había sido guillofinado, suprimido, sepultado... no hablemos de él. Pero en cambio la señorita Ernestina evocaba con voz lenta la noble figura del conde de Coucy-Vendôme,

grande de España, al cual decididamente Baltasar se aficionaba cada día más, y todos, con un prudente desdén de toda lógica, se asociaban a esta feliz intimidad.

Sólo Calabacita se atormentaba. Se había informado acerca de Beaumesnil, poeta ilustre, más célebre aún por su libertinaje, y temía, por su amo, las revelaciones anunciadas. Además, un día advirtió que en torno de "Las Danaides" rondaban los dos hombres del bosque de Marly.

Asustada, advirtió a Baltasar.

—¿Y qué?— dijo él.

—¿Y qué? Pues que son antiguos cómplices de Gourneuve y formaban parte de la banda de los M. T. P.

El profesor se irritó.

—Escucha, Calabacita—la dijo—. Si quieres que nos entendamos, haz el favor de dejarme en paz con los M. T. P. y todas tus idioteces.

—Sin embargo—insistió Calabacita—, su presencia prueba que están buscando el tesoro y que sus investigaciones los han conducido hasta nosotros.

Baltasar, encogiéndose de hombros, respondió:

—El tesoro está en tu cartera. No he hablado de él ni a la señorita Ernestina ni a los

Fridolin, estimando que es mejor guardar silencio hasta que tengamos algunas certidumbres sobre ello. Lo único que he hecho ha sido coger de él un billete de quinientos francos, ya que provisionalmente he renunciado a mis ocupaciones. Por consiguiente, nadie puede suponer que...

Y como Baltasar prefería saborear tranquilamente su felicidad, volvió la espalda a Calabacita.

Pero, dos días más tarde, ésta sorprendió las maniobras equívocas de tres individuos, vestidos con trajes de cuadros y cubiertos con gorras. Al día siguiente llevó a Baltasar hasta la ventana y le hizo notar que cuatro individuos se deslizaban a lo largo de la empalizada del señor Vaillant du Four. Pobremente vestidos, tenían el aspecto de miserables levantinos disfrazados para algún mal paso. Aun cuando afectaban no conocerse, cambiaron entre ellos señas mal disimuladas.

—Además, mire, mire—dijo Calabacita—; allí está el inspector que nos llevó el otro día a la Prefectura de Policía y que se reúne con ellos. ¡Se conciertan los cinco! Dios mío, ¿qué significa todo esto?

Baltasar encendió su pipa y se marchó.

Nada podía alarmarle: ¿qué le importaban los pueriles presentimientos de Calabacita? Esta no daba tregua a su imaginación: no veía más que intrigas y conspiraciones tenebrosas; de todas partes acudían personajes sospechosos que invadían la Ciudad de las Barracas.

Una noche entró sofocada:

—Es necesario huir... es preciso... Uno ha hablado... un inglés con sombrero de paja... me ha dicho que está usted amenazado... enemigos feroces... Le ofrece veinte mil francos si consiente usted en huir... treinta mil si es preciso... de parte de Inglaterra... está esperando la respuesta al final del sendero..

Baltasar, furioso, cerró los puños y le lanzó tan coléricas miradas, que la muchacha no se atrevió a proseguir.

Se vieron con menos frecuencia. Baltasar evitaba a la que turbaba su quietud y elevaba hacia él unos ojos cargados de angustia. Acabó por refugiarse en "Los Leones del Atlas", en donde permaneció tres días entre Angélica y la señorita Ernestina.

Al domingo siguiente, día fijado por el poeta Beaumesnil, Calabacita fué a suplicar a Baltasar que no fuera a "Las Danaides".

—No vaya usted, señor Baltasar: los peli-

gros son inmensos. Tiene usted enemigos feroces. Se ha tramado contra usted un complot, o, mejor dicho, una serie de complots, que se relacionan entre sí, y de los cuales será usted víctima.

—¡Estás delirando!— protestó Baltasar, aunque un poco escamado.

Calabacita expuso su argumento decisivo.

—¿Olvida usted que hoy es la fiesta de las Barracas y que todos se han marchado de excursión? El barrio quedará desierto, y precisamente es hoy cuando intentan retener a usted en "Las Danaides". ¿No está claro el lazo?

Hablaba con desesperada elocuencia, juntando sus manos temblorosas.

—Se lo ruego, señor Baltasar; créame usted... no me equivoco. Cuando se trata de usted, hay algo en mí que adivina, que presiente... Me recorre un estremecimiento de la cabeza a los pies.

La señorita Ernestina fué la primera en ceder. Angélica, mujer serena y buena consejera, optó igualmente por ser prudentes. A su juicio, Baltasar no podía rehusar la entrevista, pero era necesario que se rodeara de todas las precauciones necesarias.

—¿De qué manera?— preguntó vacilante,

—Muy sencillo: que te acompañe Fridolin. Con él puedes estar tranquilo, pues no hay posibilidad de agresión ni de emboscada posible. Fridolin vale un regimiento.

La proposición encantó a todos. Baltasar la adoptó, al igual que Calabacita, la que se puso a reír en una súbita distensión de los nervios.

—Sí... Doña Angélica tiene razón. No hay nada que temer... Fridolin vale un regimiento.

El Hombre-Cañón no pudo retener las lágrimas: los sollozos le sofocaban.

—Hasta la muerte, Baltasarillo; manos a la obra en seguida. Vamos a decirles dos palabras a esos atrevidos. ¿Cuántos son? ¿Doce? ¿Trece?

Se prendió un pasador de donde pendían unas medallas, reservadas para las ocasiones solemnes, y se puso el abrigo color mostaza. Angélica entregó a Baltasar una navaja de muelles, y Calabacita, inclinándose, le besó furtivamente la mano.

Los dos hombres se lanzaron a la expedición adoptando un paso de indios sobre la pista de guerra. Fridolin, calzado con alpargatas de suela de cáñamo, balanceaba el torso y marchaba con la flexibilidad de una fiera en la selva.

Baltasar regocijábase con andar sobre sus